

## TROPICO DE PABLO ROJAS GUARDIA

Por Aquiles Certad  
(En el Rep. Amer.)



Pablo Rojas Guardia

Al correr de su vida cultural, Venezuela ha dado magníficos poetas. Los nombres de Andrés Bello, primero, y luego, más adelante, los de Arreaza Calatrava, Andrés Mata, Andrés Eloy Blanco, Jacinto Fombona Pachano, Luis Enrique Mármol, Pedro Sotillo, Enrique Planchart, han repercutido a todo ancho y largo del Continente. Luego, han aparecido las nuevas generaciones poéticas. Entre ellas sobresale por su nueva actitud ante el verso, y por la muy varonil frente al oprimido —material y culturalmente— mundo venezolano de la época gomecista, la llamada generación del año 28. Sueño, lucha sorda y definida desde el salón liceísta hasta el franciscano claustro universitario de la Central caraqueña, dentro de los grupos de adoselcentes lectores de Eugenio D'Ors, y de Silva Valdés, cárceles inmundas, picos y palas en las carreteras que exhibían a la luz de una cínica propaganda de la obra de la Rehabilitación, fueron el distintivo varonil y conjugaron este dentro de la actitud literaria, con gesto despierto, de esta generación venezolana de poetas y escritores. De ella salieron cuentistas como Carlos Eduardo Frías, Nelson Himib; novelistas como Guillermo Meneses y Felipe Massiani; poetas, como Pablo Rojas Guardia, Luis Castro, Carlos Augusto León. Pero más luego, tranquilizada en su actitud de repulsa manifiesta al régimen político de Gómez, la generación de muchachos de boina y novia de Parque, se reunieron en el llamado Grupo *Elite*. De éste tengo que partir para hablar de Pablo Rojas Guardia, el más dotado, el más rico y generoso talento de la generación de *Elite*, como cabalmente lo denomina Guillermo Meneses. Pablo Rojas Guardia ha sido elemento-guía, factor de tiempo, oráculo vocacional y meta a la vez, a la cual han querido o aspirado llegar más tarde, ahora mismo, muchos jóvenes poetas venezolanos. No se puede escribir la historia de nuestra evolución poética, a partir de 1926 a 1928 hasta ahora, sin nombrarlo, sin verlo como factor dominante en influencias, en dúctil y noble sumisión de esperanza dentro de la poesía de ahora, la que está germinando cada vez más y más en Venezuela. El es un producto esencial, todo raza y espíritu de nuestra geografía tropical—tan hermosa y salvaje— en la poesía venezolana, en su marcha y evolución. Sus poemas son comentados, discutidos y esperados por todos, viejos y nuevos poetas, amigos suyos, con interés y con ánimo de ver, de saber qué nueva voz, qué nueva expresión trae este gran poeta venezolano. Mocetón fuerte, bronceado, lector admirable, conversador ameno, con su risa ancha y campanil cuando dice el chiste del día en la *peña* literaria, prosista de matices fuertes y de términos concluyentes en el cual se esconde un tipo de periodista polemizador, hombre de brazo dispuesto al golpe, castigador de la ofensa a él o al amigo, noble, generoso, con su vida tan variada y angustiosa, de poeta ciento por ciento, a pesar de su primeras poses de magister poético, producto de su adolescencia orteguiana, aquella misma que me hizo cierta vez correr por el cuerpo helados ríos de sonrojo, cuando, muchacho provinciano, flaco y soñador, lo ví por vez primera en la Redacción de *Elite*. Pablo Rojas Guardia, cuyo retrato he pretendido hacer, es hoy en Venezuela, y en América, lo digo de una vez, uno de los más sólidos puntales de la nueva gran poesía continental.

Ha sido siempre el trópico tema predominante en la poesía venezolana. Ese producto telúrico, remontado hacia lo cósmico, hecho migas de sensibilidad en lo alto; esa gama de colores; ese bravo mar Caribe; esos ríos surcados por feroces fauces saurias y

tocados apenas sobre sus aguas por rosadas alas de garzas; ese país que vive junto al cuerpo brillante del sudoroso indio guajiro y el sensual negro de Barlovento; ese pueblo cercano a la montaña fabulosa, cercano al misterio de la selva; el pueblo que vive junto al asoleado vegetar de los pueblos llaneros; que grita su raza fuerte y valiente en el *jipa* sabanero del jinete, y que está hoy forjando una patria noble, digna, con grandes relieves autóctonos nacionales; esa Venezuela de poetas y de artistas, de jornadas épicas y de actitudes líricas; esa Venezuela de la costa erizada de mástiles pesqueros y de brazos tatuados con azules historias de amor y de ficción; esa Venezuela tropical por entero, nos da un factor dominante orgánico; algo que nos hierva en la sangre, nos dilata la pupila en la mirada desafiante al peligro y nos hace poco a poco héroes de nuestra propia vida; ese factor que nos hace amar la tierra, nos convierte en amantes apasionados, en poetas de la calle, en copleros y en rapsodas de los pueblos; ese factor tropical, especial y de contramarca, sabe también conjugarse dentro de lo universal, dentro de lo templado y lo frío, originando así un conglomerado estupendo de hombres que en América puede y tiene aún que señalar derroteros. En ese clima, en esa vida, está el secreto de nuestra mejor poesía. El verso de las nuevas generaciones poéticas venezolanas ha incurrido, en algunos casos, en tendencias exóticas, europeizantes. Otto D'Sola, el joven y continentalmente venezolano, trajo a la poesía de Venezuela un sentido nórdico y anglosajón de fríos paisajes nevados y de cerrada filosofía; pero en el fondo, en él se reposaban los sentimientos tropicales del suelo —pasión, sexo, lucha— del hombre en contemplación de la apasionante y salvaje naturaleza nacional. Vicente Gerbasi, quien en sus poemas observa una diamantina lírica

de gracioso carácter italiano, ello seguramente por sentido étnico de raza y por su permanencia adolescente en la Península del Dante, deja ver en algunos momentos la encendida naturaleza y sentimiento tropical de su poesía. Ultimamente, D'Sola, como lo apunté en un estudio que a este respecto publiqué sobre este poeta en *El Universal*, de Caracas, ha dado una vuelta completa, en forma, en sentimiento, en argumento, en expresión lírica, en todos aquellos elementos que estructuran su poesía, hacia lo americano. Ya no veremos más golondrinas en paisajes nevados, ni estatuas frías, ni lagos suizos, ni esa mujer imposible como arrancada de las páginas del Werter, en la poesía de Otto D'Sola. El hombre americano, su paisaje, su sueño continental, su arte y su sexualidad fogosa, cunden poco a poco la poesía del autor de *El canto a Humboldt*. Del poeta que bien podemos decir que si ha vivido en permanente conjugación con el trópico, que ha crecido en esa angustia, con esa desolación de mediodía cristalino, limpio de toda mancha blanca en lo celeste, que ha aspirado y expelido el clima tropical de Venezuela y de América, es Pablo Rojas Guardia. Recuerdo sus primeros poemas, aquellos que tanto me impresionaron siendo yo un joven de diez y siete años; su canto a Janet Gaynor, por ejemplo, que si bien era un canto a una mujer del Norte frío, llevaba todo el romántico acento amoroso, sensibilísimo de un corazón tropical; luego, su ya famoso verso *Amanecemos sobre la palabra Angustia*, el cual ha hecho escuela, ha sido definidor de un estado poético universal y tropical, bárbaro, esto último tomado en el sentido primario, bruto, como de mineral sin talla. En su libro *Poemas Sonámbulos* nos dijo Rojas Guardia su angustia tropical, tan suya; todo el sentido romántico, dentro de un equilibrio, como bien lo apuntó Rafael Olivares Figueroa en estudio sobre este poeta; todo ese expresarse en forma tan cabalmente poética de las cosas de la Naturaleza, esa naturaleza con sus paisajes que nos hieren con su luz, como dice Rainer María Rilke al definir a los reyes de leyenda como las montañas en la tarde; toda esa manera de sentir, interiormente, de depurar lo sentido y soltarlo dando saltos vivos, como verde reptil de sensibilidad dentro del poema, lo podemos ver en Rojas Guardia en uno solo de sus primeros poemas:

"Una tras otras,  
las gotas suicidaron  
su pureza en el patio".

y más adelante, en el mismo poema:

"Ahora, tan solo una,  
eferrada a la reja  
luce su equilibrio blanco".

Nuevamente el trópico que Rojas Guardia ha denominado *Trópico Lacerado* es tema que predomina y apasiona en la poesía de más reciente factura de este poeta americano. Y al denominarlo así, poeta americano, debo anotar que América fué y sigue siendo tema de primera magnitud en la vida, sí, en la vida, y en la obra, de Rojas Guardia. América lo absorbe, América lo persigue, América lo atrae y lo guía; y bien lo prueba que al ir a ser designado por el ilustre Canciller Gil Borges para un cargo diplomático pi-